

Junio 1942

141



Vista general de la iglesia del Cristo, viéndose la fachada lateral que da a la Plaza del mismo nombre.

LA PLAZA DEL CRISTO

Quedan unos rincones en La Habana vieja, fáciles de restaurar para devolverles su primitivo carácter, sobre los que desearíamos dirigiesen su experta mirada cuantos se interesan por los aspectos del urbanismo. El olvido y la indiferencia, en este caso preciso, bienhechores, han conservado el núcleo de antiguas mansiones que forman digno marco de la antañona plaza: nos vamos a referir a la Iglesia del Cristo y su parquecito colindante.

A mediados del siglo diecisiete, en 1640, se edificó una ermita con el nombre del Humilladero, después llamada Santo Cristo del Buen Viaje, donde terminaban las estaciones del Vía Crucis que se conmemoraba los viernes de cuaresma, y que partía de la Iglesia de San Francisco, recorriendo la calle de la Amargura—de ahí deriva su nombre, y todavía se conserva una cruz verde, de piedra, en la esquina de Mercaderes, semejante a otras varias que habían en dicha calle para cada estación—. En 1693 fué

declarada ayuda de parroquia; por lo tanto, el Cristo es la Iglesia decana consagrada al culto católico. El atrio de la Iglesia sirvió un tiempo de cementerio, y en ella estuvo la Congregación de San Felipe de Neri hasta que construyó templo propio.

Cuando el auge de nuestra capital evidenció lo insuficiente del Mercado establecido en la hoy llamada Plaza Vieja, surgió la Plaza Nueva en un terreno lateral colindante con el Cristo, separado del templo por el callejón de Michelena. Luego se hizo el parquecito, actualmente en el mayor abandono. Aledaño a esta plaza, se conservan todavía viejas casonas, algunas con soportales, de piedra de cantería muchas de ellas. No sería difícil ni costoso devolverle su antigua presencia, como se hizo en la Plaza de la Catedral y en la Plaza de Armas.

La Iglesia del Cristo, de graciosas líneas, es muy característica por su estilo colonial; manos inteligentes ya restituyeron a sus arcos y paredes

el majestuoso sello de su hidalguía histórica. Fué una lástima que al edificarse, anexo a ella, el edificio del Colegio de San Agustín, no se escogiese un estilo propio de la época del templo, para evitar el choque entre lo que hizo la piedad de los habaneros en el siglo XVII y la vulgaridad moderna de unos buenos sacerdotes norteamericanos dedicados a la enseñanza, y que quebrantó la armonía y la sensibilidad estética. Ya que la demoledora piqueta se ha encargado de irnos privando torpemente de tantos recuerdos y evocaciones, estamos a tiempo aún de salvar lo que nos queda por estos lugares.

Anteriores descuidos, falta de severa vigilancia, vulgares afanes de negocios, han sustraído al patrimonio de la belleza de la ciudad, templos, edificios y rincones deleitosos; se creyó que era un paso de avance lo que ciertamente no constituyó otra cosa que un retroceso. Tanto el Municipio como el Estado, por lo general bajo la dirección de espíritus retusos e indoctos, han permitido destruir valores arquitectónicos, dilapidando sin sentido el mejor tesoro de la urbe, el filón más rico que puede explotarse: sus cuatro siglos de existencia. Con el pico y la pala fácilmente ha venido a tierra, ocasiones repetidas, cuanto significaba un nido de recuerdos, un esfuerzo de religiosidad cristiana, la inspiración de un artífice, el testimonio histórico de un hecho, de una costumbre, de una época.

En justicia, reconocemos que de un tiempo a esta parte diversas entidades se han preocupado, con celo digno de todo encomio, de estos in-

tereses de la belleza ciudadana. Quedan todavía, felizmente, unos cuantos sitios, como la Plaza del Cristo, a los que pudiéramos devolver la majestad y el encanto de su pasado. Bastaría la adopción de ciertas medidas oficiales, un poco de trabajo y de dinero, y serían puntos de verdadera atracción para el turismo. El forastero curioso e inteligente, sobre todo si es de Norteamérica, quiere sentir la emoción de una Habana que empezó un siglo antes de que los holandeses arribaran a New York... Lo nuevo, lo tienen ellos mejor que nosotros.

La Plaza del Cristo, si logra otra vez su carácter y sabor coloniales, significará para los propietarios de los predios que la rodean, un beneficio; y para todos los habaneros, que encontramos en estos rincones legendarios emotivos recuerdos, memorias de tan variados sucesos, una satisfacción plena. A nuestro suelo, a nuestras piedras, nos apegamos por una ley biológica. Quienes creen que lo pretérito está muerto y enterrado, se equivocan. Lo pasado es lo que da vida nueva a nuestro espíritu, a nuestros afanes, a nuestras esperanzas. Así que avanzamos en la existencia, el suelo llama con voz de silencio. Todo lo de ese suelo nos parece sagrado. Ya sentimos la vaga intuición de que hacia él corremos. Y tal parece que en cada casa vieja que nos dió albergue, y en cada árbol copudo que nos dió sombra, hemos puesto a dormir un pequeño girón de nuestra propia vida. ¿No lo comprenden cuantos ejercen funciones en las cosas del procomún?

Dr. Antonio IRAIZOZ



Un lindo rincón del patio exterior de la iglesia del Cristo.

U



La calle de Peña Pobre, una de las primeras que existieron en La Habana y que aun conserva el aspecto típicamente colonial que ofrece en la fotografía.

Residencia colonial situada en Compostela y Luz.



El viejo palacete de Don Martín Calvo de la Puerta, en Obrapia y Mercaderes.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA